

# El bosque de Sleipnir

Covadonga González-Pola

*El tercer ángel tocó la trompeta y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre los manantiales de las aguas.*

*Y el nombre de la estrella es Ajenjo; y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo y muchos hombres murieron por causa de las aguas, porque se habían vuelto amargas.*

Apocalipsis, 8: 10-11

## INTRODUCCIÓN

### *Torre de control 001. Procesador de datos A.*

Somos ojos y oídos no muertos de un mundo que ya no recordáis. Estamos paradas allí donde ya casi nadie nos recuerda. Observamos, miramos, escuchamos. Identificamos cosas que no sabéis. Porque nadie tuvo valor de contar que no sólo nos colocaron aquí por seguridad, sino para controlar, para vigilar. Para tener totalmente monitorizado un mundo que ya no existe.

Un mundo que empezó a caer hace ya mucho, que nadie recuerda o no quiere recordar. Y la única verdad que podemos daros es que se olvidaron de apagarnos. Ya no éramos importantes.

Somos cámaras. Colocadas en árboles, postes, simas, arbustos, depresiones y rocas. Lo vemos todo. Lo oímos todo. Casi todo lo interpretamos. Pero no enviamos a nadie esta información. Ya no. Somos ojos y oídos no muertos.

Ahora, sólo nos dedicamos a observar. Tal vez algún día seamos los bardos que cuenten las historias de este mundo desaparecido.

PRIMERA PARTE  
OTOÑO

## CAPÍTULO 1

*Cámara del paso fronterizo. 25 de septiembre. 15:00 horas.*

Un murmullo interrumpe la calma de la Alambrada. Al principio son pasos. Al oír el rebote de estos sobre el barro se distinguen tres ritmos diferentes de avance. Poco a poco, según se aproximan, podemos calibrar su frecuencia y peso. Dos mujeres, un hombre. Unos metros más cerca de la Alambrada y a los pasos se unen los jadeos. Y a estos, un pequeño y agudo quejido.

Las personas que caminan sobre el barro son, en efecto, tres. Una mujer de mediana edad, con el cabello oscuro lacio que le asoma por debajo de un gorro de lana naranja. Profundas ojeras que no son de un solo día. Parece agotada. Ojos enrojecidos y una silueta hinchada, que deja claro que lleva puestas varias capas de ropa por debajo del abrigo. La otra mujer es apenas fértil, quince años recién cumplidos. Sus ojos son pequeños y el flequillo de su media melena dorada y cobriza le tapa la cara al avanzar, casi corriendo. Ella se lo aparta constantemente, se peina y se pellizca las mejillas enrojecidas. Los ojos menudos contrastan con los labios gruesos y cortados. Las piernas bajo el chaquetón corto evidencian, como en la otra, la presencia de demasiadas capas de ropa como para caminar con facilidad.

Cierra la marcha un hombre de edad similar a la de la mujer. Facciones grandes, amago de unicejo en una sombra de vello allí donde le nace la nariz. Labios carnosos y barbilla alargada. La cara se ensombrece por la barba de días sin afeitarse. Demasiadas

capas, también. El pequeño y agudo quejido que hemos registrado procede de su espalda. De una niña de unos once años de edad que junta unas manoplas moradas alrededor del cuello del hombre. Una diadema le echa la corta melenita morena hacia atrás. Parece una bolita de acumulación de mudas alrededor de su cuerpo. Lloriquea y pregunta cuándo pararán. Nadie le responde.

Reconocimiento facial.

La niña se llama Annie. Annie Frankova.

Los que van con ella son el resto de su familia: su padre Yuri Frankov, su madre Inga y su hermana, Olya Frankova.

Inga chista y gira la cabeza para plantar sus ojos en la pequeña. La mirada severa logra que cesen las quejas. Se detienen a cinco metros de la Alambrada. Yuri baja a Annie de su espalda y se unen a Olya e Inga en la contemplación del muro de alambre que los separa del avance.

Annie se queda mirando más allá de la Alambrada, allí donde comienza el bosque.

—Papá. —Es la primera vez que habla en nuestra presencia—. ¿Qué es eso que hay al otro lado?

Yuri se gira hacia ella. La pequeña señala un roble con la manopla.

—¿Te refieres a los árboles?

Annie asiente.

—Pero ya sabes lo que son los árboles.

—Los árboles de los carteles sí. Los que ponen en el paseo del centro. Y los que vi en la Reserva Botánica con mis amigos del colegio. Pero esto...

»Papá, ¿esto es un bosque de verdad?

—¡Ay, idiota, claro que es un bosque de verdad! —los interrumpe Olya—. Y ya estaríamos al otro lado si no hubieras comenzado a quejarte.

—¡Estaba cansada!

—¡Todos estamos cansados! ¡Pero papá sólo te ha llevado en brazos a ti!

—¡Olya! ¡No hables así! —La voz de Yuri sube varios decibelios.

—Tiene razón, Yuri —interrumpe Inga, intensificando la severa mirada que lleva manteniendo desde que ha aparecido en la cámara—. Nos ha retrasado mucho. Además, iba lloriqueando y eso puede hacer que alguien nos oiga. Y tus gritos también.

Yuri suspira.

—Está bien. ¿Qué esperas que hagamos ahora?

Inga camina diez pasos alrededor de la verja. Luego da la vuelta y se mueve en sentido contrario doce pasos más. Mira a todas partes: al suelo, a lo más alto de la verja, al cielo nublado y al bosque que hay al otro lado del barrizal.

—Parece que ya hemos llegado. Esta debe de ser la Alambrada. Así que el siguiente paso es cruzarla. Y llegaremos al bosque.

La mujer acerca la mano a la verja y la roza con el guante.

—¡Cuidado! —grita Yuri.

Las tres mujeres dan un respingo.

—Tranquilo, Yuri. Soy más precavida que tú. Bueno, eso ya lo sabemos. La valla no está electrificada. Sólo tenemos que excavar un poco, levantar la parte inferior de la verja, y podremos colarnos al otro lado.

Yuri asiente mientras mantiene la mirada a su mujer. Parece que ella está esperando.

Como si de golpe hubiese comprendido un gesto suyo, Yuri se quita la mochila que lleva a la espalda y busca en ella hasta sacar un poto metálico. Se arrodilla en el lodazal y comienza a cavar. Retira el barro con prisa y a cada palada mira a un lado y a otro. Parece asustado.

—¿No crees que puede haber alguien vigilando? —pregunta mientras da otra palada.

—Si no han venido ya, dudo que los haya. Con todo el escándalo que habéis armado...

—¿Me lo vas a reprochar más veces?

—No, esto no. Además, ¿quién querría vigilar un sitio como la Alambrada?

»Para ya. Con eso será suficiente. Pasaremos primero las mochilas, luego iré yo y ayudaré a las niñas a cruzar. Tú pasarás el último y colocarás el lodo de nuevo. Así, al menos a simple vista no se verá que alguien ha entrado aquí.

Yuri se detiene y mira a su esposa fijamente. Ella desvía la mirada y se quita el macuto.

Libera la mano derecha del guante y rebusca en uno de tantos bolsillos de su ropa. Saca de él un blíster y, de este, extrae cuatro pastillas.

—Una cada uno —dice. Y se lleva la mano a la boca.

Traga una de las pastillas y se acerca a sus hijas. Con suavidad les deposita una en los labios a cada una. Ambas hacen saliva y la tragan con cierta dificultad. Luego, Inga se acerca a Yuri. Él separa los labios para tomar la que le corresponde. Pero ella se la deposita en la mano.

Yuri agacha la cabeza y se toma la medicina sin rechistar. Luego, arrastra los macutos al otro lado de la Alambrada. Nadie le ayuda. Annie observa atenta, pero Olya e Inga parecen impacientes.

La madre se agacha después junto al agujero cavado y, con impresionante agilidad a pesar del volumen de prendas que lleva, se desliza al otro lado. Chista a Annie para que se acerque y entre ambos padres la ayudan a cruzar. Olya se empeña en pasar sin ayuda, mientras murmura un «yo sola puedo». Cuando han cruzado, Yuri se une a ellas. Annie le tiende una mano para ayudarle a levantarse.

El padre cubre el hueco con ayuda del pote.



Cuando se gira para contemplar el bosque, ve que ellas ya le llevan cincuenta metros de ventaja. Inga sostiene a cada una de las niñas con una mano.

Yuri resopla antes de levantarse y apretar el paso para unirse a ellas.

Poco a poco, se adentran en el bosque. Se van convirtiendo en siluetas, luego en sombras. Luego ya no están.

No han mirado el cartel. Tal vez no se hayan dado cuenta, pero ahora les será más difícil saberlo.

Nosotras hacemos *zoom* sobre él.

**NO PASAR. PELIGRO DE MUERTE**

O tal vez ya lo sepan. Tal vez les dé igual o no tengan otra alternativa.

*Cámara de la ciénaga. 25 de septiembre. 18:00 horas.*

La familia sigue avanzando hasta llegar al final del bosque. Ya es prácticamente de noche.

—¿Qué es esto? —pregunta Annie al pararse al final de los árboles.

Todo está lleno de hojas alargadas de fuertes tonos verdes. Annie hunde la bota en el barro y pierde el equilibrio.

Justo cuando está dejando escapar un grito. Olya la agarra por la capucha del abrigo y tira de ella hacia atrás.

—Es un cenagal, tonta. Cuidado con acercarte mucho.

—¿Qué significa?

—Que está lleno de cieno. Un terreno pantanoso, vamos.

—¿Y es normal que haya de esto en los bosques?

—No en todos —interviene Yuri mientras retrocede unos pasos atrás hacia la espesura—. En realidad, el bosque termina aquí. La ciénaga es otro tipo de ecosistema.

—¿Qué es un ecosistema?

—Un grupo de seres vivos, como árboles, arbustos y animales, que viven en un mismo lugar. Las plantas de la ciénaga son distintas a las del bosque. ¿No lo ves?

—En la Reserva Botánica no salían las ciénagas. Ni tampoco las ponen en las fotos de los paseos de la ciudad.

—Eso es porque son feas —interviene Olya de nuevo—. Los bosques son más bonitos.

La joven se atusa el peinado y prueba suerte a mirarse en el reflejo del barro. Chasquea la lengua, contrariada. Está demasiado oscuro.

—Olya, ven aquí.

La niña se gira y ve a su madre sosteniendo una pequeña libreta.

—¡Venga, ven!

Olya se acerca y su madre le pide que abra la boca.

—¿Te ha salido alguna llaga?

—No.

—¿Tienes náuseas o mareos?

—Tampoco.

—¿Algo raro que hayas notado? Fatiga, desorientación...

—Ay, que no. Ya te he dicho que estoy bien. Bueno, todo lo bien que se puede estar con estos pelos que llevo...

Inga ignora a su hija mayor y se acerca a Annie. Se agacha y la mira de arriba abajo mientras le formula las mismas preguntas. Cuando termina de hablar con la niña, da un suspiro. Parece que se ha tranquilizado.

—¿Y tú? —dice dirigiéndose a Yuri.

El hombre está montando una tienda de campaña unos metros más adentro del bosque. Termina de clavar una piqueta en el suelo con ayuda de una piedra y se pone en pie.

—Dime, Inga.

—¿Tienes alguno de los síntomas que he ido diciendo? Fatiga, náuseas, quemaduras...

Yuri guarda silencio unos segundos.

—Creo que mi fatiga es normal para los últimos días que hemos llevado. Yo no me preocuparía.

»Niñas, ¿queréis ayudarme a montar la tienda?

Annie deja escapar un alegre «¡Yo!» y se acerca a su padre. Olya arruga levemente la nariz y continúa paseando por el límite entre el bosque y la ciénaga.

—Papá, ¿adónde vamos?

La pregunta de Annie tarda en responderse.

—Más allá del bosque. ¿No te gustaría tener una casita como las de los cuentos que te leía la abuela?

—Pero no será una de brujas, ¿verdad?

—¡No, hija! La nuestra será bonita y allí seremos felices porque...

Un resoplido de Inga interrumpe la frase de Yuri.

Él termina de afianzar la última piqueta, deja caer la piedra al suelo y se pone en pie.

—Bueno, ya está bien, Inga.

Pero Inga no parece contestar.

—La tienda ya está lista —añade él—. Yo me voy a dormir.

El sol ya ha caído. Vemos la luz de una linterna dentro de la tienda. Annie entra a gatas, vemos sus piernas recostadas.

Olya se mete en la tienda unos minutos después.

Pero Inga no. Inga se queda fuera un buen rato. El frío la hace tiritar bajo el absurdo número de capas de ropa. Cuando oye a todos respirar, por fin se mete en la tienda. Vemos que forma un ovillo delante de la entrada, separada de ellos. Cierra la cremallera de entrada.

Pronto su respiración se une a la de su familia.